

El Reto

Jose Manuel Núñez Ayllón

–No tienes huevos a entrar ahí –dijo Alberto, señalando con el dedo.

Guille miró desde donde estaba y vio las viejas ruinas a escasos metros de distancia. En mitad de la noche, sus negras piedras casi pasarían desapercibidas de no ser por el débil resplandor lunar.

–No es para tanto.

–Entonces subo la apuesta –añadió Alberto–. Doscientos euros a que no eres capaz de ir hasta el final y volver.

–¿Hasta el final?

–Hasta el final. Y si hay catacumbas, hasta el fondo de todo. Si llegas te doy doscientos, si fallas me los das tú a mí.

–Hecho.

El chico salió de entre los árboles y dio unos cuantos pasos decididos hacia el arco de entrada antes de detenerse. Guille contempló la entrada de la iglesia y sintió un súbito escalofrío sin saber la razón. Era la misma vieja iglesia de siempre, medio derruida y cubierta de hiedra. Los restos de un antiguo monasterio olvidado siglos atrás, de los que nadie vivo conocía la historia ni el motivo de su abandono. De día era un montón de piedras en medio del bosque, llena de alimañas y con un más que evidente peligro de derrumbe. Sin embargo, de noche adquiría un aura diferente. Tal vez fuera la niebla, cada vez más densa según avanzaba la noche, la que desdibujaba las formas del templo y daba al conjunto un aspecto tan amenazador.

El chico miró atrás y vio a sus cuatro compañeros entre los árboles. Carlos levantó los pulgares para darle ánimos y Alberto aleteó con unas alas imaginarias para insinuar que era un gallina, aunque ninguno tuvo valor para salir de su escondrijo y acercarse a las ruinas.

–Sólo es niebla, no pasa nada –se dijo en voz baja a sí mismo para darse valor.

Fue entonces cuando se percató de lo que le había molestado de ese lugar. Hasta que pronunció esas palabras, Guille no había escuchado ningún ruido. Nada. Ni el sonido del viento al mecer las hojas de los árboles, ni los pequeños animales nocturnos que salían de sus madrigueras al amparo de la oscuridad. Incluso él mismo, de forma inconsciente, había caminado con extremo cuidado para no pisar las ramitas. El silencio en torno a la iglesia era opresivo y perturbador.

Guille se detuvo en el umbral y miró hacia el interior de la iglesia. Era oscuro, mucho más que el claro bañado por el resplandor de la Luna creciente, y de él emanaba un penetrante olor a moho y podredumbre. Se tapó la nariz con la mano y se dio media vuelta. Sus amigos grababan todo con el móvil sin moverse de su sitio. Hasta creyó ver cómo se reían de él. Pensarían que no se atrevería, que se echaría atrás como casi todos.

–Y una mierda voy a perder la apuesta –dijo para sí.

El chaval volvió a girarse y contempló la negrura situada más allá. Las ramas de hiedra que colgaban del dintel daban a la entrada un leve parecido a una boca abierta, aterradora y nauseabunda. Encendió la linterna de su móvil y se obligó a cruzar mientras apartaba las plantas de su cara.

Sólo con haber puesto un pie en el interior de aquella iglesia ya había superado el primer reto. Generaciones de chicos en el internado se habían desafiado a escaparse de la vigilancia de los curas y pisar la vieja ruina del valle en mitad de la noche. Casi podría considerarse un rito de iniciación entre los nuevos del internado.

El muchacho empezó a grabar con su teléfono y apuntó a la columna más cercana. Las piedras que se habían empleado para construirla llevaban ya siglos ennegrecidas por el tiempo y la humedad, cubiertas por manchas amorfas de líquenes y enredaderas. La luz de la Luna intentaba filtrarse a través de los estrechos ventanucos románicos, pero la niebla que cubría el valle apenas dejaba pasar un ligero y difuso resplandor que no bastaba para alumbrar el interior. Tampoco el haz de la linterna del móvil conseguía disipar las tinieblas, que parecían incluso fortalecerse en torno a él.

Guille se dio cuenta de que contenía la respiración. Se obligó a exhalar y a coger aire de nuevo, a controlar sus pulsaciones. Tragó saliva para tranquilizarse. No podía quitarse de encima una terrible sensación de que alguien observaba su intrusión desde las sombras. No discernía ningún movimiento, ningún ruido, pero sabía que algo se escondía en ese lugar.

El chico, con movimientos lentos y controlados, comenzó a avanzar por la nave central mientras barría el espacio con su haz de luz. Caminó despacio, paso a paso, sin pisar los restos de baldosas rotas que alfombraban el suelo de la iglesia. Alumbró con su única fuente de luz cada rincón, cada capilla, en busca de una escalera que bajara a las catacumbas. Solamente siglos de polvo y suciedad acumulados por doquier, manchas de humedad y restos de animales muertos hace décadas.

Finalmente llegó al altar mayor. Una figura de mármol blanco se elevaba sobre un pedestal, obligándole a levantar la vista para contemplarla. El rostro frío y sereno de la Virgen María le devolvió la mirada, con la cabeza medio ladeada. La efigie tenía los brazos abiertos, una invitación a un abrazo congelada en el tiempo que destacaba en este lugar tan abandonado y oscuro. Guille rodeó la estatua y se dirigió al ábside de la iglesia. Un agujero aún más negro se abría en el suelo, con estrechos y desgastados peldaños de piedra adentrándose en la tierra.

–Esto bien vale los doscientos de la apuesta, cabrones –dijo tras apuntarse a sí mismo con la cámara.

El chico empezó a bajar muy despacio para no resbalar en los húmedos escalones de piedra. El olor era allí aún más intenso y tuvo que contener las ganas de vomitar. Respiró hondo, agachó la cabeza y terminó de bajar al piso inferior.

A los pies de la escalera encontró un largo pasillo custodiado por media docena de esculturas de piedra blanca. Ángeles con el rostro oculto tras las manos que miraban hacia las paredes. Parecían más gestos de vergüenza o de castigo que poses de oración. El chico se acercó al primer ángel despacio, con un temblor en sus manos que era incapaz de controlar. Su instinto le avisaba de que había algo extraño en esas efigies, algo incorrecto. Tuvo que reprimir el impulso de huir

de vuelta al bosque. Se detuvo a pocos pasos y alumbró la escultura para ver qué ocultaba el ángel tras las manos. No tenía rostro. Su cara era una superficie lisa y pulida, sin rasgos de ningún tipo.

Ignoró esa incomodidad y siguió adelante. Ante él se abrió una amplia sala con mesas de piedra repartidas a intervalos regulares. Guille se acercó a la primera y sopló la gruesa capa de polvo que la cubría. Tenía letras en la superficie, aunque imposibles de leer. No eran mesas, sino tumbas. Tuvo un nuevo escalofrío. El lugar era una cripta.

Alumbró el camino y siguió avanzando por el pasillo hasta el fondo. La apuesta era llegar hasta el final y grabarlo, y por doscientos euros estaba más que dispuesto a hacerlo.

Guille llegó al final de la sala, una pared recta sin más puertas ni pasillos por los que continuar. Recorrió su entorno con la luz y vio un escenario grotesco.

–Su puta madre –susurró con un hilo de voz.

En el suelo, a sus pies, yacía una cruz de madera destrozada. En la pared, donde aún se podía ver el cerco que había dejado la cruz durante innumerables años antes de caer, había una monstruosa red de telarañas que cruzaba de una esquina a otra. Ocultos bajo ellas aún se podían ver los restos de varias personas, reducidos a esqueletos polvorientos. Uno de ellos, un fraile cuyo desgastado hábito tenía el mismo color pardo que los curas del internado, aún conservaba algo de piel pegada a los huesos.

Recorrió los restos con el móvil sin perder detalle.

–Mirad eso, creo que he encontrado el tesoro –dijo con fingida despreocupación mientras señalaba un reflejo en la muñeca del fraile.

Se acercó a mirar mejor. No era un tesoro. Era un reloj. Un reloj digital barato. Guille, a pesar del frío, se puso a sudar. No era un cadáver centenario. Ese fraile había muerto allí hacía poco.

El chico escuchó un crujido y se dio la vuelta, alerta. Su respiración, ahora entrecortada y superficial por la ansiedad, rompía el silencio del lugar. Sus ojos

saltaban de una tumba a otra, buscando el origen del ruido que había escuchado segundos antes. Nada salvo los muertos inmóviles en sus tumbas de piedra.

Tragó saliva y empezó a dar pequeños pasitos de vuelta al pasillo de los ángeles sin rostro. Metro a metro, las escaleras empezaron a estar más cerca. Se detuvo para escuchar. El silencio era absoluto, pero sabía que no estaba solo en ese lugar maldito. Iluminó el pasillo y al fin descubrió qué era lo que encontraba antinatural en esos ángeles avergonzados. Examinó las paredes, cubiertas de manchas de hongos insanos, y alumbró a las níveas figuras angelicales. No tenían ni una sola telaraña sobre ellas. La oscuridad que envenenaba el lugar no las había tocado, pero eso no hacía sino acrecentar la sensación de amenaza que desprendían. Caminó entre ellas como si temiera que cobraran vida a su paso. No ocurrió. Los ángeles siguieron de cara a la pared, con la cara tapada para no mirar al intruso. Lejos de tranquilizarse, el chico se sintió aún más solo y abandonado cuando alcanzó la escalera.

Guille temía ese momento. No sabía qué podría estar aguardando arriba. Sentía el frío de la cripta, pero sudaba. Apretó la mandíbula para evitar que los dientes hicieran ruido al chocar unos con otros.

Apuntó el haz de luz hacia atrás, barriendo la cripta. Ningún movimiento allí. Los ángeles aún le daban la espalda. Se agarró en la pared cubierta de líquenes, rezó en silencio y comenzó a ascender peldaño a peldaño.

Salió del agujero, y recorrió con su linterna el espacio a su alrededor. Nada salvo las paredes mohosas y la Virgen María ofreciéndole su abrazo incondicional desde su pedestal a escasos metros de distancia.

Dio un paso hacia la salida. Al pasar junto a la estatua de la Madre se detuvo, inquieto y aterrado al comprender un detalle que había pasado por alto.

–Tú antes mirabas hacia la puerta –dijo en un susurro.

Miró hacia la derecha con el rabillo del ojo, sin atreverse a mover un músculo. El mármol blanco también estaba impoluto en medio de toda esa suciedad. Poco a poco subió la luz por la imagen hasta iluminar su cara y, paralizado de horror, vio cómo la Virgen María giraba la cabeza y le sonreía con una inhumana mueca de depredador.